

Contornos cerámicos: España - Portugal



Amparo Molina González

competir con bufones y secretos de belleza, para, con rancia tinta, intentar describir las rosas o los crisantemos, los colores o los silencios, con que se viste el sincero paisaje interior.

Ser poeta, beber de la propia sangre caliente para aguantar el frío, envolver en celofán los sentimientos que arrancaste al caos con risas y lágrimas y ofrecerlos, sin marcha atrás, sin arrogancia, pero también sin falsa humildad, como un regalo que, a menudo, nadie desea.

Ser un poeta es algo que no puedes evitar: obligarte a dibujar contornos en un maremagnum de ideas por la pura necesidad de expresarte; a decantarte sin

vacilaciones, cuando todos callan, pero con la suficiente flexibilidad para no ser sentencioso, ya que eres consciente de que es eso contra lo que luchas: la imposición gratuita y arbitraria, aunque también la tibieza expresiva.

Y manifiestas la pasión o la crítica armado del valor suficiente para contrarrestar la falta de certeza en una respuesta positiva, y es que ¿Quién puede conocer la verdad del otro, las otras certezas?

Pero también, ¿Quién puede pretender una respuesta a una opinión, una inquietud o un deseo que aún no han sido formulados?

Quién no ha sido nunca poeta nunca ha amado. Nunca ha buscado con verdadera ansiedad otras palabras, otros gestos, otras interpretaciones que arrojen una luz

Ser un poeta es como suscribir la responsabilidad en la venerable historia con una reprimenda o un beso; poner voz y forma a la tragedia, el clímax o la cotidianeidad; es atreverse a mostrar el propio rostro en el escaparate maldito donde el poder se diluye motus propio y



Javier Fanlo, Nº 3 y Nº 5, 2002, terracota de bola y engobes bruñidos,





Vanessa Santo, *Ossos*, 2002, porcelana

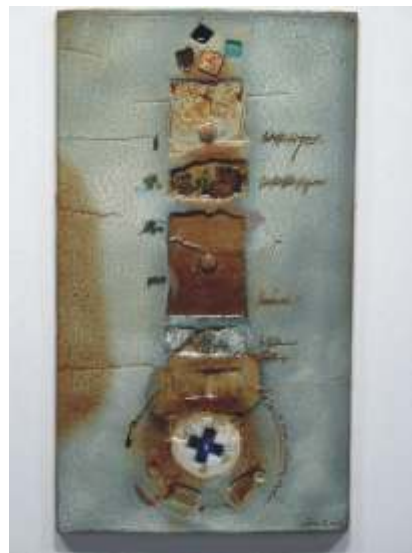
común para el entendimiento. Pero tampoco ha dicho nunca «No», tampoco se ha enfrentado al rechazo que provoca la reprobación de un consejo bien-intencionado.

Entre nubes de polvo estelar, aceptas el riesgo, construyendo un camino hacia el otro, buscando a tientas entre la niebla su figura, soñando entre caricias las formas que no aciertas a ver, llamándolo por los

distintos nombres que te inspiran las huellas que deja a su paso; y delegas en el puro sentimiento la tarea de guiarte hacia cualquier lugar donde el hecho de sentir no te marque como a un apestado; donde la autonomía de pensamiento se premie con el respeto. Y es que amar conlleva mostrarse sin tapujos; ofrecer sin reservas lo que se ha conseguido hasta entonces y estar dispuesto a mucho más; es poner la

consciente evolución al servicio del otro, quizás, cuestionándose los principios que fueron aprendidos con esfuerzo, pero nunca renunciando gratuitamente a la propia identidad. Al contrario. Quien ama debe construirse primero, para tener una contribución digna que ofrecer.

E indagando en el interior, inventando un orden en los propios conflictos, es imperioso aprender a decidir: separar la luz



Ramón Paredes, *Placas*, 1,2,3, 2000, gres y esmaltes

de las tinieblas, lo esencial de lo superfluo; organizar honestamente las prioridades; esbozar con congruencia ideas y sentimientos que escapen del caos y consigan identidad propia, rotunda y diferenciada, un claro contorno de distinción. Y, a partir de esta autonomía, estar preparados para la aceptación de la individualidad, suma, variable y válida en cada caso, de todos nuestros descubrimientos, decisiones y vivencias.

Una individualidad que ha de proyectarse desde uno y recibirse desde el otro; que dibuja con pequeños puntos la línea infinita que delimita el universo, sin encerrarlo, dejándolo respirar a través de los intersticios de su multiplicidad. Y es ello lo que te hace crecer y transformarte de forma continua, sin otorgarle razón perpetua a ningún canon, excepto al de la disposición a mutar.

«Uno», el o lo «otro», contornos que se unen a partir de «otros» contornos, trazados intencionadamente en el espíritu para, a su vez, dibujar «otro» aún mayor, tan infinito como la imaginación; un círculo que no empieza ni acaba en ninguna parte; formas y colores cuya identificación permitirá una base de partida para la construcción de un sueño lúcido: la imagen

Virginia Frois
Madriguera, 2002, cerámica y hierro



más aproximada que podemos obtener de la realidad plural, desde una perspectiva personal.

Contornos buscados por el ser humano consciente de serlo, que asume un criterio y se llama poeta, para definirse ante lo demás; para proclamar su existencia diferenciada sin distanciarse; para encontrar con ello una base sensata de comunicación. Contornos anhelados por el poeta que se llama artista para vestir de

estética su ejercicio valiente de manifestación personal, o en su caso, de delación o elogio, de llanto o júbilo, de ánimo o reprobación a la conciencia colectiva.

Contornos que nacen de las sombras

Sergio Vicente
Sin Título, 2002, gres vidriado



Virginia Frois
Vista general de la sala



como antorchas que hacen visibles los caminos alternativos a un encefalograma plano que roba y desperdicia el tesoro de la única libertad posible, antorchas que marcan con luces tenues los bosques encantados de misterio y aventura, por los que introducimos en nuestro acercamiento al OTRO y al propio llegar a ser.

Bosques, en los que las zarzas y las rosas se encadenan, donde las bayas seducen con sabores distintos en cada caso; territorios salvajes e inexplorados que componen un mundo variopinto e impredecible que escapa a cualquier norma generalizadora; que se resiste a ser cercado en propiedad por un amo y que es visible en su conjunto sólo desde el cielo.

Y adentrándose en él, como peregrinos al pasado y al futuro, instantes distintos de un tiempo común, al norte y al sur, puntos distintos de un espacio compartido, sin más carga que los elementos de su propia construcción, estos ceramistas que ahora confluyen buscan, como cazadores de tesoros, sus propios contornos diferenciados, sus propios colores, para regalarlos a intentar con ellos sentar las

Madola: *Restos*, 2000, refractario



bases de un lenguaje común que trascienda lo vano y superfluo, el lenguaje de lo esencial: el del corazón.

Para ello, se acercan a los otros, interpretando sus huellas, los barro cocidos de cada tierra, sus contornos cerámicos, vestigios que arrojan luz a su presente y a su historia; sus inquietudes, sus dioses y su cultura; sus relaciones y sus tabúes: su identidad. Objetos comunes que son, en definitiva, símbolos materiales de su alma.

Sus creaciones, resultado de esta inapreciable combinación, se me antoja de un interés extraordinario: el que suscita la

contemplación de las múltiples y diferentes caras de una facultad espiritual por excelencia en la que se concentran las aspiraciones de todo poeta; que hace olvidar el miedo al dolor y los malentendidos; poderosa piedra filosófica que transmuta las obsesiones en paz y las carencias en inquietud por la vida; que pone en movimiento todos los resortes de la sensibilidad para su más completo disfrute: la apreciación de la belleza.

Sergio Vicente, *Sin Título* 2002
Gres vidriado a la sal, 26'5 x 86 cms



Exposición realizada en la Posada del Potro del 5

Madola, *Brocal*, 2000, refractario. 80 x 50 x 53 cms

